

Daniel Averanga Montiel



LA PUERTA

CUARTA EDICIÓN

IX Premio de novela
"Marcelo Quiroga Santa Cruz", 2015

Grupo Editorial
Kipus

CAPÍTULO I

EL MIEDO



Akron, Ohio. Estados Unidos
En este preciso momento

Sabes que el baño apesta y no puedes ir a otra parte.

Acá, desde el lado de los chicos, la fetidez a orín y otros fluidos te provocan arcadas; pero si husmeas al lado de las chicas, sabes muy bien que no soportarás percibir el perfumillo metálico de las toallas higiénicas y tampones...

Ves los muros que te rodean y notas que están llenos de rayones que contienen, desde números de celular con ofertas, hasta ligeras indirectas a la identidad sexual de los profesores. Reconoces algunos poemas de Yeats («¿quién fue el genio que los escribió?»), las letras de las canciones de Britney Spears («¿quién fue el idiota que las copió?»), e imágenes de vaginas distorsionadas y de penes erectos de manera imposible, y eso, todo eso, te hace sentir mal, Paul, pobre Paul... Y lo peor de todo es que aún los extrañas... ¿Será porque todavía amas a Casa-Abuela-Abuelo? Te dices que sí. ¡Oh Paul!, sabes que las pesadillas comenzaron desde que te fuiste a vivir con el general Clifford, ¿verdad? Abuela-Abuelo ya no están y supiste que aquello significaba el origen de todos los problemas.

La Abuela murió cerca de ti, recuerdas, y sus ojos-perlas, sus ojos bonitos, ya no te miran con ternura; ahora, cuando los

reconoces por las noches entre las sombras de las esquinas de tu cuarto... te espantan: la imagen del Horror no es un monstruo buscándote, es una abuela muerta penando por ti desde un rincón... Paul, Paul, Paul. La Abuela ya no está... la Abuela ya no está y el Abuelo fue pateado en el culo por el general Clifford para que entrara de una jodida vez, como él lo había dicho aquella tarde, en el asilo.

Ya no habrá más cuentos de Poe para ti, Paul, ni jugarás a ser Tom Sawyer (Abuelo-Asilo-Muerte-Frío). ¡Ni qué hablar de la escuela, Paul!: los profesores te miran de cerca con cierto disimulo y con los ojos bien abiertos cuando están lejos de ti, y sabes que ellos sienten asco al verte, como si pensarán que tú no eres más que un animal raro que ingresa a sus aulas para corromper a sus demás estudiantes... Y para colmo, esos tres muchachos latinos particularmente siniestros parecen mirarte directamente a las nalgas siempre que recorres los pasillos, y parecen verte a ti, Paul, como un elegido, aunque no sabes para qué (quizá para algo muy, muy, muy malo) ni por qué: sabes que solo eres un niño que apenas se está acostumbrando a vivir con el general... ¡Ah, el general! Le temes, y mucho... ¡Oh sí, no en vano él es militar! Por eso has pensado en irte a cualquier lugar para empezar una nueva vida: subirte a un tren como polizón y llevar un cuchillo, por si te encuentras con borrachos en el vagón.

Escribes la palabra «Angeline» sobre el dibujo de una mujer de mirada torpe que abre las piernas y exhibe, desde aquel ángulo, una mancha de tinta.

Abuela-Sonrisa-Luz-Sol... (y escuchas el timbre) Abuelo-Silencio-Dedos-Mierda.

Te levantas, sales del cubículo e imaginas el baño de las chicas: ¿tendrán los mismos dibujos, las mismas palabrotas?; no puedes responderte y solo puedes

visualizar, en los rincones húmedos y oscuros, toallas higiénicas, como los que usa ella, arrojadas sin querer por las mayores, y eso, bien sabes por qué pero no lo dices, te molesta. Te molesta mucho y también te deprime.

Te diriges a los lavabos quebrados y te miras en los espejos.

«Pobre Abuela», piensas; «Dulce Abuelo», te lamentas.

Y aparecen los tres latinos en el reflejo de los espejos. No te hacen nada (esperabas que te hicieran algo jodido), pero sientes mucho odio en sus miradas.

Sales del baño y pasas por la puerta del comedor. Angeline te mira. Ojos verdes pantano: un par de uvas maduras que brillan y te acompañan por todo el comedor.

Sales al patio. Miras el cielo. Sabes que alguien te está mirando. «Qué absurdo», te dices, pero sientes un ojo allá arriba: un ojo con mil pupilas. No es Dios.

Y entonces... entonces la recuerdas: Ella, Ella, Ella, Ella.

Le temes más a Ella que al general... A él le basta corregirte con un coscorrón o un pellizco; pero a Ella, a Ella nada la puede calmar ni satisfacer. Sabes que Ella lo hará de nuevo esta noche, y eso bastará para que las pesadillas retornen.

Algunas veces piensas en hablar con un policía y verla, verla a Ella siendo esposada y arrastrada por brazos azules y almidonados. Y te imaginas al general Clifford yendo detrás, como un perro que rasca con sus patitas delanteras la puerta que lo aprisiona, porque quiere salir para ir a hacer popó.

La imagen te hace reír; pero no tardas en volver a sumergirte en la tristeza. Y el profesor Easton, que no sabe hacer más que compararte cuando te sermonea: si no haces esto, te pasará como a... ¿como a quién? Siempre pronuncia un nombre distinto cada vez: Albert Fish, Tsutomu Miyazaki

(aunque él pronuncia Sutómu y no Dusutómu, como realmente piensas que se debe pronunciar), Ted Bundy, Ed Gein, Charles Manson... y todos los demás. «Pobre profesor Easton, piensa que todos los asesinos del mundo fueron estudiantes callados, enamorados de una Angeline de suéter color fucsia», te dices...

Y miras de nuevo al cielo: quieres retar al «ojo» de mil hoyos «¿será realmente eso?», te preguntas, y te estremece pensar que eso no es un ojo, sino un racimo de vaginas de un ser más descomunal...), pero no puedes hacerlo y bajas la cabeza.

Si no fuera por tu tristeza, pensarías en volar. «¿Cómo dice Halloween?», te preguntas, y cantas: «Si pudiera volar, como el rey del cielo, hacia...», pero no podrías hacerlo, porque esta noche Ella te obligará a hacerlo otra vez.

Y las pesadillas se repetirán, posándose al pie de tu cama, y bien sabes, ohhhh, bien sabes, Paul, que no se irán hasta la mañana siguiente.



Las noches en Ciudad Satélite son pacíficas, evocan momentos de paz y tienen la particularidad de mostrar un anhelado estilo de vida, lleno de períodos de agradable silencio y de esperanza.

Sus habitantes aseguran y coinciden —modestia aparte— en que su naturaleza como zona es perfecta para el descanso, e incluso su conciencia colectiva tiene, aprendidos desde la escuela, principios básicos sobre etiqueta y protocolo.

Hasta sus desfiles cívicos son excelentes muestras de estética tercermundista: chicas altas y hermosas (y peligrosamente fértiles) llenan las calles con sus falditas y sus bastones de mando, sin preocuparse más que en sonreír y

realizar malabares insinuantes; viejos joviales, incrustados en banquetas o sillas de ruedas, toman café o mate en sus vasos de plastiformo, platicando sobre el pasado con quien quiera escucharles; mujeres radiantes, decentes y femeninas, que gozan de los silencios con sus parejas mientras caminan; hombres bien vestidos, como siluetas de cartón de supermercado, que gustan de la música de Carlos Santana y de los campeonatos de *fútsal*, y que se detienen en cualquier lugar para saludar y platicar con los vecinos sobre sus progresos, sus terrenos, sus negocios y sus hijos; y los niños, entes silenciosos que se insolán a menudo en esos acontecimientos y caminan como si siempre formaran *fila*, como un conjunto anómalo de pilares horizontales: pilares con sonrisas, pilares que sorben sus narices y que parecen inocentes... y pilares que no son, en definitiva, filas *per se*, porque en Ciudad Satélite todos los niños son piezas de dominó que yacen casi todo el tiempo pendientes del otro, hasta que sus coexistencias escolares terminan con esa dependencia. Después, el servicio premilitar (si hay dinero), la universidad o la academia de policías (si se tiene más dinero), o el embarazo lúdico (es decir, el *no deseado*), los institutos, los viajes, etcétera...; y así, todos los elementos que terminan, de forma irremediable, el trabajo de hacer florecer a esos niños y niñas, y de esta forma desintegrar los pilares descritos hasta entonces, para, y luego de mucho tiempo, volver a integrarlos en la madurez.

Si el doctor Seuss hubiera nacido en esta zona, él mismo se habría considerado uno de sus personajes.

Pero la estética de este entorno no es muy agradable. Uno pensaría en favelas al ver las paredes de sus colegios o parroquias, adornadas con *graffitis* que muestran esa energía adolescente, demasiado invertida en la música...

—¿Cómo...?, ¿que esos chicos son rebeldes porque escuchan a 50 Cent o a 2 Pac y los retratan en su arte urbano?

Claro que no, no me malinterprete. Allí está el mercado Satélite (así se llama), la parroquia Pío X, el colegio Don Bosco, el teatro Trono, los campeonatos del Regimiento 3, canchas por doquier y miradores los fines de semana: el colindante a la estación del teleférico, y el de los límites de Alpcoma, sin olvidar el museo Antonio Paredes-Candia, que antes fuera un horrible tanque de cemento que proveía de agua a la zona, y se sostenía gracias a ocho machones que actuaban como las extremidades petrificadas de un monstruo descomunal.

¿Qué más se podría pedir?, ¡ah, sí!: las mañanas en Ciudad Satélite son, al igual que sus noches, pacíficas; pero transmiten una esencia más fuerte de esperanza mientras transcurren, imperturbables, entre los rayos del sol que cubren sus calles, por los pliegues de niebla que embellecen sus plazas (ahora envejecidas prematuramente a causa de descuido), o a través del mutismo de la lluvia sobre los tejados de sus casas..., todo esto, dependiendo siempre del clima con el que se desarrollan. Sus tardes, por otra parte, son perfectas para enamorar, como también para estar melancólico, en soledad... o, a veces, con una resaca digna de un danzante luego de bailar en el «Gran Poder».

Los fines de semana, los feriados, en Navidad o Año Nuevo, siempre que uno camina por Ciudad Satélite, escucha el sonido de la palma de una mano chocar contra el hombro de algún despistado, o peor aún, contempla de cerca, a lo lejos o en todas partes, abrazos, besos y «*holas*» entusiastas, y mientras dichas jornadas se desarrollan sin problemas, la felicidad de los niños y las niñas no respeta posiciones económicas ni diferencias culturales.

En realidad, Ciudad Satélite sí parece una *Who-Ville* muy fiel a los devaneos del Dr. Seuss..., pero esta zona también tiene sus sombras particulares.

Y si de sombras se trata, el suceso que podría considerarse como el más importante y fatal de todos hasta el momento (excepto los que serán descritos más adelante), inició durante una noche de fin de semana, hace algunos años: el caso del niño colgado de las rejas de la puerta posterior del mercado Satélite.

Se había deducido que ese domingo por la madrugada, el muchacho había trepado las rejas de dicha puerta, y una vez arriba, había amarrado el extremo de un cable de plancha al marco superior de aquella, mientras el otro extremo había sido enlazado con fuerza a su cuello antes de saltar. Las sombras del lugar lo habían camuflado hasta las seis de la mañana, hora en la que uno de los vecinos, aturdido por unos chillidos que habían provenido de aquella parte del mercado, salió de su casa para ver qué sucedía. Al no vislumbrar a nadie, caminó hasta la parte trasera del mercado, esperando encontrar allí el motivo del alboroto que lo había despertado. No tardó ni dos minutos enteros en toparse directamente con el cuerpo colgado del muchacho, oscilando todavía de un lado a otro, como si el suicidio se hubiera consumado segundos antes del descubrimiento.

Horrorizado, llamó al número de la oficina central del Regimiento N.º 3, la misma que envió a sus oficiales, quienes, de mala gana, realizaron el levantamiento (que fue más un *descendimiento*, como se dijo a manera de chiste negro luego de unos días) del cuerpo del muchacho de doce años.

Ese domingo no hubo feria.

Luego del suceso, se percibió en la zona un *cambio* particular: en las casas de los alrededores, en las mismas personas, en el aire y en la presencia del sol por las tardes. Un *cambio* se había iniciado en toda Ciudad Satélite, como ya había sucedido en anteriores ocasiones en las que un acontecimiento fuera de lo cotidiano pasaba de ser la comidilla de todos los vecinos, a ser un triste suceso digno del recuerdo

solo por su relevancia: como el entierro de don Antonio Paredes-Candia, realizado en el museo que lleva actualmente su nombre o como el hallazgo macabro de doña Rubí Cornejo, la *loca* de la zona, que había muerto a causa de una lenta y mortífera inanición, en una casa tapiada de la calle 13, del Plan 148, los gatos habían devorado parte de su vientre al hallarla sin vida, y allí, en el hoyo del diafragma momificado, habían criado a tres camadas de gatitos. Comidillas, claro, que duraban semanas y cambiaban algo de la esencia de la zona; pero este *nuevo cambio había aparecido con fuerza*, a la vez que *había impregnado con algo* todas las superficies vivas e inertes de sus calles.

¿Habrà sido porque la muerte de aquel muchacho en la puerta trasera del Mercado Satélite, parecía más un asesinato que un suicidio?

Efectivamente, cabe resaltar que Ciudad Satélite, en aquel tiempo posterior a la muerte del niño conocido como *el suicida*, se tornó más quieta y silenciosa: gris, si se puede dar un color a los lugares en cuanto a energía. Y fue en estos lapsos que el aire se llenó de un miedo nutrido de lentitud y de mortandad, ambas combinadas por un aire enrarecido que parecía haber sido expelido por algún ser hambriento de muerte, que tenía como corazón a la puerta trasera de aquel famoso mercado.

Después de algunos meses, el miedo pareció disiparse, y la vida tranquila, feliz e interactiva retornó a las fachadas de la zona, como una serie de postales primaverales puestas a la fuerza sobre un escritorio lleno de sangre...

Ahora, entre lo vivido y lo que se estaba *por vivir*, cualquiera se preguntaría por qué habría sucedido aquello; pero nadie (o por lo menos nadie de los que habitan allí) ofrece alguna explicación. Por más bellas que se toman las calles, las avenidas, las ferias y las masas humanas en esta zona, esos

lapsos de miedo, que están bien repartidos de forma rara en el tiempo, *retornan*; y al hacerlo, afectan a sus habitantes de alguna manera... Se lo *percibe* en todos, cuando se saludan con las manos frías y sudorosas; cuando anuncian con un susurro, al bajar del micro N.º 27, un «*esquina*» cerca al oído del conductor; o cuando, casi con la voz temblorosa, platican con sus «*caseras*» en el mercado...; y en muchas otras actitudes, seguro, imparcial, puntual, puede olerse el miedo. Y aunque siempre sonrían, se palmeen en las espaldas o se abracen, casi todas las personas de Ciudad Satélite se comportan como si alguien las controlara.

Miedo. Eso es lo que sucede, pero nadie sabe desde dónde se origina este miedo, y aunque parece evaporarse con los meses, siempre regresa bajo la forma de noches pacíficas que evocan momentos de paz y tienen la particularidad de mostrar un anhelado estilo de vida, lleno de períodos de agradable silencio y de esperanza.

«(...) ¿Qué puede hacer una aparición, un demonio o un hechicero, frente al terror de la mente, de la destrucción del hombre por el hombre? (...) Entonces, ¿qué hace que una historia que sucede a lo largo de una noche, en un colegio de El Alto, tenga la capacidad de infundir temor incluso a los lectores más aventajados? Es el juego de cajas chinas, la descomposición de un mundo donde se entrevé una organización. El narrador y el lector tienen un papel de testigos, pero quizá algo más. Me es fácil enumerar la cantidad de veces que me he sentido una víctima mientras leía. Saberse parte de ese juego, comprenderse como humano, es decir, como pequeño y frágil, impotente. No es vano el recurso de las víctimas infantiles, como no es inútil el círculo histórico que funciona como (...) preámbulo. "La puerta" está ahí, una amenaza para todos como especie, los más indefensos la sufrirán primero; pero no serán los únicos. Nadie puede hacer algo por ellos, ni el autor, ni yo. La magia se repite, la novela ha conjurado aquello que no podemos nombrar pero sí sentir, plasmado en esta realidad que aterrera más que todos los hombres-centípedos de la literatura. Al menos yo ya no podré sentirme solo ante una puerta clausurada».

Corven Icenail

«Con esta novela me une un vínculo extraño: la conocí desde casi sus inicios y he sido testigo, en cierta manera, de su extraña evolución literaria. La he visto cuando era un "Pequeño Engendro del Mal" hasta llegar a ser este "Monstruo Maldito". Pero más allá de eso, puedo decir que "La puerta" es un intento, bastante bien logrado, de adentrarse en lo oscuro, en lo maligno, de colocar un nombre y apellido al Mal. ¿Cuántas veces no lo hemos sentido? ¿Cuántas veces no hemos huído de él? ¿O cuántas veces no hemos corrido a sus manos? Daniel Averanga parece decirnos desde el fondo del abismo: "El Mal está en todas partes, cierto, pero sobre todo el Mal está en ti"».

Wilmer Urrelo

«Durante toda esta novela Daniel nos deja en medio de la batalla, teniendo que ponerle un nombre y una imagen al miedo que están sintiendo los personajes. Pero va más allá: eso que aterrera es también el resultado de una lucha cotidiana frente al mal».

Cecilia de Marchi Moyano

«La novela de Daniel Averanga es la obra de un escritor que va entrando a la madurez de su carrera literaria. Buscando más allá de la novedad posmoderna, Daniel logra perturbar en el lector los cimientos de sus creencias acerca de la bondad y la maldad. Si San Agustín de Hipona creía haber logrado resolver el problema del origen del mal sin acudir a la presencia del demonio, Daniel consigue devolvernos a la cuestión de una manera aterradora».

Gilber Sanabria

ISBN: 978-9917-600-73-2



9 789917 600732